

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA
ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES
UNIDAS, S.E. SR. LEOPOLDO BENITES**

**ECUADORIAN AMERICAN
ASSOCIATION**

29 de noviembre de 1973

Agradezco con sincera emoción este acto que reúne tan distinguidas personalidades del mundo económico y diplomático. Desde que llegué a este país tengo, no solamente un sentimiento de admiración sino también de gratitud, por la labor que la Asociación Ecuatoriano - Norteamericana desempeña en beneficio del mejor entendimiento entre mi Patria y los Estados Unidos de América. Es a base de comprensión, de permanente intercambio de puntos de vista, de precisa y clara información sobre los problemas, como puede edificarse la amistad y el entendimiento entre los pueblos, y ésta es precisamente vuestra labor.

Vengo hoy con la satisfacción y la honra de haber sido elegido Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el más alto organismo mundial que reúne en estos momentos 135 Estados y que

aspira a ser, cada vez más, la universal expresión de la conciencia de la comunidad internacional, que es lo mismo que decir de la conciencia de la humanidad. Esta alta investidura la he recibido —estoy seguro de ello— debido a la conducta permanente e invariable de mi país, a través de sus diversos gobiernos, por mantener en alto los ideales y principios que forman la base estable de una verdadera comunidad mundial: la paz basada en la justicia y la justicia como meta de la vida social nacional e internacional.

Es éste un punto sobre el que quisiera hablar: está creándose una nueva concepción de la vida internacional basada en la justicia social. Así como en lo interno los países tienen que establecer normas para disminuir, y aún terminar en un futuro previsible, el foso que separa a los demasiado pobres de los demasiado ricos, en el mundo internacional está naciendo la conciencia cada vez más clara de que la verdadera paz y la verdadera seguridad están indivisiblemente unidas al desarrollo económico y social de

* Notas Comunes recibidas de la Delegación Permanente del Ecuador ante las Naciones Unidas en Nueva York - EE.UU., 1973 tomo II, N° 215. Archivo General de la Cancillería.

los pueblos. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, una Europa en ruinas recibió una ayuda para su reconstrucción con el Plan Marshall.

Aquella visión de antes trajo como consecuencia que los pueblos desesperados no se lanzaran en busca de soluciones utópicas, sino que dedicasen todas sus energías a su propia tarea de reconstrucción. La Europa de hoy es un hermoso ejemplo de lo que vale la cooperación internacional, pues se construyó sobre cenizas y ruinas.

Al terminar aquella guerra los pueblos tuvieron el ideal de que nunca más el flagelo de la guerra asolaría al mundo y así los pueblos de la tierra lo consagraron en el Preámbulo de la Carta. Es triste confirmar que después de 28 años aquel ideal no se ha cumplido, que numerosas guerras asolaron al mundo y aún lo asolan. Más de 100 conflictos, entre guerras civiles, choques y guerras internacionales propiamente dichas, se produjeron desde entonces y han puesto a prueba la Organización de las Naciones Unidas. Muchas de esas guerras obedecieron a intereses y consagraron injusticias y trajeron como consecuencia una carrera de armamentos dramática. Una gran parte de la inteligencia humana se concentró en la destrucción y en la muerte. Las bombas que cayeron en Londres en la Primera Guerra eran de 2000 libras y tenían una capacidad de destruir un bloque, una manzana. Las bombas de fisión llamadas

comúnmente atómicas que cayeron en Hiroshima y Nagasaki llevaban ya cada una un poder explosivo equivalente a 20 mil toneladas de dinamita. A partir de 1956 aquellas bombas sirvieron con su poder calórico de más de 1 millón de grados centígrados, para producir las bombas de fusión llamadas también bomba H, por ser el hidrógeno el más liviano de los átomos, y term nucleares por necesitar de una enorme energía térmica para producir la fusión de los núcleos. Eso permitió obtener un poder explosivo de 10 millones de toneladas, que por eso se llama megatón. Hoy el megatonelaje mundial, concentrado en su mayor parte en dos potencias, llega a un promedio de 15 toneladas de dinamita para cada ser humano existente en la tierra.

Esta tremenda carrera trajo como consecuencia inevitable el que el propio poder nuclear invitara a las potencias que lo tienen a entendimientos pacíficos. Los últimos hechos demuestran la distensión de las tensiones entre el Este y el Oeste que se han concretado en la palabra francesa *détente*.

Pero mientras se producía esta distensión política en el sentido de los meridianos iba naciendo una conciencia clara de que el mundo se encontraba dividido en un Norte desarrollado y un Sur en desarrollo, o sea que, con escasas excepciones, el mundo de la pobreza y el de la riqueza se dividió en el sentido de los paralelos.

Quisiera que se me permita

repetir lo que el Administrador del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Señor Petersen, dijo hace pocas semanas:

“El año pasado los países desarrollados invirtieron más de 200 mil millones de dólares en armas y equipo militar. Y sólo seis de los países desarrollados gastaron más de cuatro quintas partes de este total. Los gastos militares de esos países que también son los principales donantes de ayuda se aproximan a una cifra 25 veces mayor que la ayuda oficial para el desarrollo que ofrecieron. Si estos países aceptaran el axioma de que es mejor forjar arados con sus espadas, menos del 5 por ciento de sus gastos militares actuales resultaría superior al doble del total destinado a la ayuda para el desarrollo”.

Vuelvo al punto inicial de la justicia social internacional, expresión que tomo del Presidente Caldera de Venezuela. ¿Es posible un mundo dividido en que las tres cuartas partes de la humanidad viven en condiciones de miseria e infradesarrollo, como lo dijo el señor Robert McNamara en su discurso pronunciado ante la Conferencia sobre el Medio Humano en Estocolmo en 1972? El mismo señor McNamara, dirigiéndose a la Junta de Comercio y Desarrollo en su tercera sesión, dijo que el producto bruto mundial llegará a 2 mil billones de dólares en 1980, pero que sólo se daría para el desarrollo 1 millón 500 mil dólares. En esa misma fecha se cree, según otras fuentes, que los presupuestos

militares excederán de 300 billones de dólares.

Apoyándome en estos hechos quisiera señalar que en 1970 el producto nacional bruto mundial, según el informe de un grupo de expertos de las Naciones Unidas, era de 3 billones 219 mil millones de dólares de los cuales 81 países en desarrollo sólo participaron con un poco más de un 10 por ciento, o sea, 341 millones. Mientras se hacen cuidadosos inventarios de los fracasos de las Naciones Unidas, poco se dice del trabajo silencioso de las Naciones Unidas en sí, y de sus organismos especializados para aliviar una situación de tan tremenda desigualdad.

Quisiera señalar como un ejemplo de lo que significa el peso de la armadura mundial en las cifras de gastos militares tal como las consigna el Instituto Internacional de Estocolmo, abreviadamente llamado SIFRI en su anuario de 1973. Los Estados Unidos gastan 73 mil 900 millones de dólares, la Unión Soviética 42 mil 600, el Reino Unido 7.200, Francia aproximadamente 6.000 y China más o menos 9.000. O sea que entre las cinco grandes potencias que tienen el privilegio de ocupar asientos permanentes en el Consejo de Seguridad, tienen un presupuesto anual de 138 mil 700 millones de dólares para gastos militares.

Todo este proceso que he citado tiene una conclusión. Mientras el mundo del subdesarrollo tiene carencia total de lo que pudiera lla-

marse equipo tecnológico, la tecnología está concentrada especialmente en producir material bélico. Esto crea un círculo vicioso, el dinero invertido en material bélico es dinero inflacionario. La inflación crea la ilusión de bienestar seguida luego por una tremenda depresión y por un aumento de la miseria debido al alza de los costos de vida. Esta situación de los países industrializados se refleja en los países en desarrollo que tienen poca capacidad de adquirir artículos esenciales.

He querido llamar la atención de ustedes que representan importantes sectores de la vida económica y social, como un llamamiento a la meditación pues el ciclo miseria-opulencia sólo puede conducir a serios quebrantamientos de la paz que es la preocupación de la Organización cuya Asamblea presido.

Me excuso por haberme extendido demasiado en este tema apasionante. Y antes de terminar qui-

siera referirme a la honrosa distinción que me ha hecho la Sociedad Bolivariana, al otorgarme su máxima medalla. Para mí Bolívar es algo más que un símbolo, algo más que un hombre: es parte de la vida misma de los países que él liberó. No fue sólo un guerrero triunfante; fue además el estadista de visión futura y el profeta de un destino apenas entrevisto. El que, en el mundo de la más tremenda soledad, cuando no quedaba en sus manos ni una sombra de poder, avizoró el destino de una América que aún no existía, en la inolvidable Carta de Jamaica, es un ejemplo extraordinario de visión de futuro al par que de vigorosa fe en la realización de este futuro.

Os agradezco a todos y cada uno y hago votos por que una nueva era de solidaridad en el mundo cree las condiciones de justicia para el mejoramiento de la humanidad y el logro de la paz.